

PRÓLOGO

mHA
MONOGRAFÍAS
HISTORIA Y ARTE

LINAJES GADITANOS
EN LA BAJA EDAD MEDIA.

PRÓLOGO

Esta “pequeña, pero nobilísima e importante isla”, como definiera Agustín de Horozco a Cádiz, quizá no viviera sus más brillantes y felices tiempos en los siglos que median entre los reinados de Alfonso X y Carlos I. La frontera marítima del Estrecho y la tan cercana terrestre con granadinos y benimerines condicionaron la suerte de una ciudad que su verdadero fundador en términos actuales, Alfonso X de Castilla y León, había soñado capital de la Cruzada africana y designado como lugar de descanso de sus restos. También estos proyectos, como tantas otras intenciones alfonsíes, se frustraron y Cádiz se deslizó durante generaciones por la pendiente del minimalismo histórico, de forma que a fines del siglo XV su población no sobrepasaba las dos mil almas, contando no sólo a los vecinos de derecho sino también a marinos y mercaderes estantes. A pesar de que ya entonces se prodigaban los signos esperanzadores, todavía nadie podía imaginar el destino que la aguardaba ni el coste que debía suponerle tanta gloria.

Los tiempos plenos que el futuro guardaba para Cádiz se hicieron realidad y esa realidad es la que ha nutrido preferentemente el imaginario y los archivos gaditanos, de forma que el único y verdadero problema del historiador de los esplendores es seleccionar las fuentes. Nunca han faltado voluntarios para ello, y aún harían falta más, pero se hacen precisos un arrojo y, si se me permite la expresión, un descaro infrecuente para enfrentarse a los siglos medievales gaditanos. Quizá por ello, el conocimiento de la historia medieval de Cádiz no ha avanzado merced al continuo proceso acumulativo de datos e hipótesis que es el fruto ordinario del trabajo de los historiadores, sino mediante impulsos secos, a veces separados por décadas, debidos a unas pocas figuras aisladas —entre las que sigue destacando el portuense Hipólito Sancho de Soprani— que han ido alumbrando casi todo lo que aún hoy sabemos. En total, un conjunto ciertamente pobre de fuentes —¡ay, el asalto de 1596!—, un corto elenco de historiadores girando en su rededor y unos cuantos libros que permitirían a cualquiera convertirse en experto erudito local tras no más de dos o tres semanas de estudio.

En estas condiciones, hay que saludar como un verdadero acontecimiento un libro como este, no sólo porque supone el bautismo de fuego

de un nuevo miembro de la rara secta que conformamos los medievalistas gaditanos, sino también, y quizá principalmente, porque esta obra incorpora un punto de vista nuevo y, en consecuencia, ofrece unos resultados también novedosos sobre los tiempos medios en Cádiz. El estudio de las elites sociales contando con los renovados instrumentos de análisis que proporcionan la Genealogía y la Prosopografía se ha revelado sumamente eficaz para desvelar aspectos inéditos de otras sociedades próximas, y sobre esa senda ha caminado Javier Fornell para alzar un conjunto de estudios sobre catorce linajes del Cádiz medieval, los principales de la época, de los que muy bien podría decirse que en sus trabadas generaciones contienen todo lo que aconteció en esta isla desde la refundación alfonsí hasta el fin del reinado de los Reyes Católicos. Como en toda Andalucía, también aquí el siglo XV aparece como el primero sobre el que el historiador comienza a experimentar el siempre confortable, quizá también engañoso, contacto con una documentación algo más abundante y segura. Por ello, este libro asienta en esa centuria lo principal de sus esfuerzos y, lógicamente, cada linaje va ganado densidad y aumentando sus noticias a medida que se adentra en ella.

Esos catorce estudios genealógicos y prosopográficos, que dan forma a la primera parte de este libro, permiten al autor componer las acertadas páginas que el lector encontrará a continuación, en su parte segunda. En ella se presenta un conjunto de temas de primer interés para el conocimiento del Cádiz medieval. Asuntos tales como los medios que aquella oligarquía arbitró para la obtención de unos niveles de riqueza, prestigio y poder superiores a los de sus vecinos, el importante papel jugado por su presencia en los cabildos municipal y eclesiástico para posibilitar ese crecimiento, o la importancia concedida a las alianzas matrimoniales y al peso de las armas en la nunca concluida carrera por la adquisición de un lugar relevante en la sociedad local. El esclarecimiento de este primer grupo de cuestiones permite al autor ofrecer algunas reflexiones sobre el incipiente proceso aristocratizador observable en el pequeño grupo gobernante en el Cádiz bajomedieval, la estimulante presencia de genoveses en su seno y la siempre discutida de linajes hidalgos, entre otras. Estamos, por tanto, ante un trabajo de investigación que nos permite conocer mucho mejor que hasta ahora a los que tuvieron el mérito de establecer las bases de la posterior grandeza gaditana, apenas entrevista aún a fines del periodo estudiado, e introducimos

en las complejidades de su entorno político, mercantil y familiar. Un estudio imprescindible tanto por lo que en sí aporta, cuanto por los caminos que desbroza a historiadores de momentos menos alejados y dificultosos, que no podrán dejar de tener en cuenta lo que Javier Fornell muestra y lo que sugiere.

Me alegra especialmente que una tan prestigiosa editorial universitaria como la de Cádiz haya sido sensible a los méritos de una obra así y haya decidido publicarla. De esta forma se hace justicia a esta, mas también a la persona de un joven investigador que voluntariamente se ha puesto al remo sin pedir nunca nada a cambio. Sabido es que no son estos tiempos floridos para el estudio de las Humanidades, así que qué diremos de una de sus más entecas disciplinas, tal el medievalismo. Javier Fornell no ha esperado a la posibilidad de un horizonte profesional despejado para ponerse manos a la obra, satisfacer su atracción por la Edad Media y responder a las expectativas depositadas en él. Este libro, por encima de burocracias académicas y de escalafones administrativos, ha servido para conferir a su autor una condición, la de medievalista, en la que ha entrado por la puerta estrecha del sacrificio y del pundonor. El lector, si es amante de las cosas de Cádiz y de los tiempos medievales, sabrá apreciarlo.

Rafael Sánchez Saus

Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Cádiz